

1

Aliviando la presión del acelerador, reduje la velocidad del submarino. La luz rayada hacía que a nuestro alrededor el océano pareciera enorme y vacío, pero yo sabía muy bien que no era así. Nos dirigíamos hacia el mayor vórtice de basura del Atlántico y un pedazo de historia podía chocar contra nosotros en cualquier momento.

Precisamente, en ese momento una forma salió de la oscuridad, refulgiendo bajo los focos delanteros del submarino. Gemma se asomó a la ventana.

—Una bicicleta —dijo ella con asombro—. Como en las fotos antiguas.

—Eso significa que casi hemos llegado ya —repuse.

—¿Estamos escondiendo un contenedor lleno de provisiones en mitad del océano?

—En mitad del vórtice de basura —le expliqué—. ¿No es genial?

Comprobé el monitor trasero para asegurarme de que el contenedor sellado todavía estaba enganchado a nuestro submarino.

—Aquí nunca viene nadie.

Ella me lanzó una mirada de complicidad.

—Y apuesto a que es por una buena razón.

—A los buzos les preocupa morir aplastados.

—¿No me digas? —replicó ella, con una sonrisa asomando a los labios.

—Pero yo he explorado el vórtice muchísimas veces y todavía sigo vivo.

—Ty, por favor, no te lo tomes a broma... —dijo mientras sacaba un salvavidas de debajo de su asiento.

Mientras se ajustaba el chaleco, inclinó la embarcación en un ángulo pronunciado. La carrocería, con forma de barril sobre dos motores térmicos gemelos, y el peso del submarino eran perfectos para abrirse paso a través de los escombros flotantes. Yo, sin embargo, no era tan resistente y la vista de tanta basura, como siempre, me revolvió las tripas.

A cincuenta metros de profundidad solo se veían pasar pequeños objetos; una muñeca sin cabeza, bolsas de plástico, latas de refrescos y redes de pescadores que, aunque estuviesen abandonadas, eran igual de eficaces que siempre para atrapar criaturas. Tuve que mirar hacia otro lado cuando pasamos por delante de un delfín enredado en una, ahogado desde hacía ya tiempo. Bajamos a más profundidad. Objetos más grandes nos rodeaban como si estuviesen atrapados en un remolino que girase a cámara lenta —televisores arrastrando los cables, un maniquí, un candelabro brillante—. Parecía como si toda la basura de los siglos pasados hubiese encontrado su camino hasta aquí para flotar a la deriva por toda la eternidad.

—¿De dónde vienen todas estas cosas? —Gemma se arrodilló para mirar a través de la cubierta de flexiglás del submarino.

—Los vientos y las corrientes las recogieron por todo el Atlántico —contesté mientras viraba para evitar golpear un cochecito de niño.

Moví el haz de luz de los focos exteriores a través de los objetos a la deriva, sin llegar a reconocer muchos de ellos. Una poderosa corriente los mantenía a flote mientras chernas más grandes que yo acechaban en los rincones, con sus

mandíbulas inferiores proyectadas hacia afuera como si estuvieran anticipándose a una pelea.

Cuando la rotación del vórtice se redujo a un punto muerto, supe que habíamos llegado al ojo del tornado. Los restos simplemente giraban sobre sí mismos.

—Probablemente es una pregunta estúpida —dijo Gemma, mirándome—, pero si abandonamos el contenedor aquí, ¿qué va a evitar que se aleje flotando?

—Lo engancharé a algo grande.

—Vale. ¿Y qué evitará que ambos se alejen flotando juntos?

—Estamos en el ojo del vórtice, la chatarra no va a ir a ninguna parte. Además, regresaré de madrugada para recuperarlo. Mi padre no quiere que el contenedor, completamente cargado, pase la noche a campo abierto como una presa fácil. Que seamos los únicos colonos dispuestos a venderles a los sobs no significa que nos fiemos de ellos.

—Aún así, no puedo imaginar a tu padre diciendo, «ve a esconder el contenedor en el vórtice de basura gigante».

—Le da igual dónde lo esconda, siempre y cuando sea seguro.

Ella sonrió.

—Sí, claro.

—Eso sí que es un pedazo de ancla.

Justo enfrente, un fragmento de avión pivotaba sobre un extremo a tanta velocidad como una estrella de mar. Puse el submarino al ralentí mientras tomaba mi casco del asiento trasero.

Gemma abrió sus azules ojos de par en par.

—¿No pensarás salir ahí fuera? —preguntó.

—¿De qué otra forma voy a enganchar el contenedor a ese trozo de aluminio?

—¿Con esa especie de brazo con pinzas?

—Eso me llevaría toda la vida.

Me dirigí hacia la parte de atrás por el pasillo.

—Dijiste que las criaturas marinas habían emigrado a cualquier lugar. Si las corrientes oceánicas han traído hasta aquí toda esta basura, alguna criatura podría haber aprovechado el viaje.

Tenía razón, por supuesto. Los pescadores capturaban constantemente en el Atlántico vida marina que antes solo vivía en el Pacífico o cerca de las costas de Australia. Se habían inundado tantas zonas durante la Crecida que se habían formado nuevos canales entre los océanos.

—Voy a estar bien —la tranquilicé, esperando que fuera cierto. Mordí el tubo de la base de mi casco, aspiré una bocanada de Liquigen y salí por la escotilla del suelo del submarino.

—Más te vale —me replicó Gemma a través del auricular de mi casco—. Porque si tengo que salir ahí fuera a rescatarte, me vas a estropear el día.

Eso era quedarse corta, no había metido ni un dedo del pie en el océano desde hacía más de un mes. Algo que me dolía. Sin embargo, hoy, por primera vez en semanas, había accedido a salir de excursión conmigo, así que tal vez algún día intentase bucear de nuevo.

Levanté los pulgares, ya que no podía hablar con los pulmones llenos de Liquigen. De tres patadas ya estaba en la popa del submarino, pero la corriente era tan fuerte que me costaba mantenerme a flote. Después de fijar el cabo del contenedor a mi cinturón de buceo, nadé hacia la pieza de avión cubierta de algas, solo para frenar en seco cuando docenas de grandes sombras pasaron como un rayo a mi lado. Usando mi Don Oscuro, proyecté mi sónar en su dirección

y vi en mi mente que eran mielgas —tiburones, sí—, pero no suponían una amenaza para los seres humanos. Aún así, no me gustaba su frenética manera de nadar, como si estuviesen huyendo de algo.

Emití una serie de chasquidos hacia las oscuras profundidades. Transcurrieron unos tensos segundos y, cuando el eco finalmente rebotó, la imagen mental recibida era demasiado desordenada para ser de utilidad alguna. A mucha más profundidad descansaba un cementerio de buques abandonados que habían sido arrastrados hasta allí por las corrientes. Entre tanto trasto había huecos y grietas en abundancia, lo que significaba que cualquier cosa podía estar al acecho, oculta a mi vista —con o sin Don Oscuro—. Un pensamiento de lo más escalofriante.

Aún así, me alegré de tener mi biosonar. ¿Qué importaba si los médicos de Arriba atribuían los Dones Oscuros de los niños de aquí abajo al trastorno que provocaba la intensa presión del agua sobre nuestros cerebros? Me encontraba bien. Sano. Además, me sentía aliviado de que mis padres hubiesen dejado de preocuparse tanto por mí, aunque solo habían pasado cuatro meses desde que se enteraron de que los Dones Oscuros no eran un mito y que sus dos hijos poseían uno.

Puesto que no podía obtener una lectura de la montaña de escombros que teníamos debajo, comencé de nuevo a buscar dónde enganchar el contenedor. Había descubierto un par de ventanillas que podrían servir, cuando el grito de Gemma retumbó dentro de mi casco. Giré rápidamente hacia el submarino y entonces mi cerebro se puso de acuerdo con mis retinas y me di cuenta de que había entrevisto una enorme forma que colgaba inmóvil a mi lado.

Al dar media vuelta me encontré, frente a frente, con un

enorme calamar. Flotaba en posición vertical, medía casi dos metros de alto y su cuerpo de color rojo violáceo era tan ancho que no podría haberle rodeado con mis brazos ni aunque hubiera querido. Me miraba. Cuando su piel centelleó, pasando primero al blanco neón y luego al rojo sangre, un nombre me vino a la cabeza: «diablo rojo», una criatura cuya reputación era aún más aterradora que su aspecto.

Retrocedí de espaldas, tratando de olvidar todas las historias que había escuchado sobre estos calamares, que decían que arrastraban a los nadadores a las profundidades para comérselos vivos. Y no eran cuentos chinos, sino historias reales de testigos. De todos los depredadores de las profundidades, los calamares me aterrizaraban como ninguna otra cosa. Los tiburones eran temibles, pero solo eran bestias, mientras que en los ojos de esta criatura se percibía una inteligencia que me aterrizaraba hasta la médula.

Una vez más, su piel pasó del blanco luminoso al rojo oscuro y supe que eso no podía significar nada bueno. Sin duda el calamar estaba tratando de confundir a su presa: yo.

2

Escapar del diablo rojo sería imposible con el cable del remolque atado a mi cinturón. Muy despacio, localicé el cierre, pero incluso eso provocó una reacción. El latigazo de uno de los tentáculos del calamar me golpeó en los hombros, con tanta fuerza que mi cabeza rebotó hacia atrás.

Me enderecé, aturdido, para ver a la criatura girar y ponerse horizontal, con los ocho tentáculos y los dos brazos extendidos hacia adelante, señalándome. Retrocedí, pero se propulsó tan rápido que no tuve tiempo de escapar. Se estrelló contra mi pecho y me envió volando lejos, pero nunca fuera de su alcance.

De pronto, me encontré envuelto por el paraguas que formaba el cuerpo de la criatura. Traté de desenfundar mi cuchillo de buceo, pero tenía los brazos inmovilizados a los lados. Estrechando su agarre, me atrajo hacia su pico afilado y trató de abrir una grieta en mi casco, como si se tratase del cráneo de un atún. Afortunadamente, el cristal flexible aguantó.

Gemma me gritó algo al oído, pero lo único en lo que podía concentrarme era en la picuda lengua del calamar, que estaba a pocos centímetros de mis ojos. Luché para liberarme, pero las ventosas de los tentáculos estaban llenas de diminutos dientes que, como espinos, se clavaban en mi traje de buceo. Probablemente no se rasgó debido a su capa de nanopartículas de hierro, pero incluso un pequeño desgarrón podría estropear los sensores del ordenador, que estaban entretejidos en las fibras de la prenda, y si eso sucedía

terminaría con algo mucho peor que la piel desgarrada. A esa profundidad, me congelaría.

La idea me paralizó. Empujé mi cuchillo hacia arriba, a pesar del abrazo del animal, y pinché a ciegas. Una cinta de sangre azul flotó hacia arriba. Como mucho le había arañado un tentáculo, pero fue suficiente para que se alejara hacia las profundidades dejándose llevar por las aletas de la parte superior de su cuerpo.

Relajándome un poco, miré hacia el submarino y vi el rostro serio de Gemma pegado contra la ventanilla. Todo el ataque había durado menos de un minuto, no había tenido tiempo ni de reaccionar.

—¿Qué ha sido eso? —me gritó al oído. Probablemente lo había estado haciendo todo el tiempo, pero ahora su voz penetraba en mi conciencia—. Te dije que usases esas cosas con brazos, pero tú tenías que ponerte a nadar entre los monstruos. —Su voz sonaba aterrorizada y furiosa a la vez.

La saludé con la mano para hacerle saber que estaba bien, aunque no tenía pensado enfundar mi cuchillo a corto plazo.

—Genial. Me alegro de que estés bien —me espetó—. Ahora vuelve ya al submarino.

Levanté un dedo y proyecté una serie de chasquidos a las profundidades, pero con tanto resto amontonado bajo mi cuerpo era imposible decir hacia donde había ido el calamar. Moviéndome deprisa, enrollé el cable del contenedor a través de las ventanillas del avión y fijé el clip.

«¿Fue mi brillo lo que atrajo al calamar?», me pregunté.

Tener la piel ligeramente brillante a veces podía suponer un inconveniente en el mundo subacuático, sin embargo la mayoría de los colonos del Territorio de Benthic comían pescado bioluminiscente, así que todos brillábamos en mayor o menor medida. Pero, puesto que yo no

había emigrado a las profundidades, como la mayoría de los colonos, sino que había nacido y pasado toda mi vida en el océano, mi brillo era un poco más acentuado que el del resto.

—¿Podrías darte prisa por favor? —Las palabras de Gemma terminaban en un jadeo—. En el sónar se ve algo ascendiendo muy deprisa.

Abrí mi navaja pensando que el calamar estaba de vuelta, pero era mucho peor que eso. Una serie de chasquidos de sónar me indicaron que la criatura no estaba sola, algo que debería haber visto venir, puesto que sabía que los diablos rojos eran los únicos calamares que cazaban en grupo.

Nadé hacia mi refugio al mismo tiempo que ellos emergían de las profundidades. Tres de ellos eran enormes. Redujeron su velocidad y se quedaron flotando entre el submarino y yo, con su piel pasando del blanco al rojo y de vuelta otra vez al blanco, lo que ahora sabía que era un comportamiento pre-ataque.

—¡Ty, escóndete! —gritó Gemma mientras embestía a una de las criaturas con el submarino desde atrás.

Pero, en lugar de dispersarse, se dieron la vuelta para hacer frente al agresor.

—¡Oh! —exclamó ella con disgusto—. ¡Fuera de aquí, monstruos viscosos! —gritó mientras golpeaba la ventanilla y encendía el limpiaparabrisas.

Sabiendo que Gemma estaría bien, aproveché la confusión para esconderme entre los restos del avión.

—¿Estas cosas pueden trepar a través de la escotilla? —preguntó Gemma de repente—. No pueden, ¿verdad? Voy a cerrarla de todos modos.

Me quedé donde estaba y un momento después ella volvió a hablar por el micrófono.

—Está bien, ya se han ido. Estarán acosando a algún pobre pez.

Según lo dijo miré por una de las ventanillas y vi a un calamar, en la distancia, arrastrando a un golpeado sábalo hacia las profundidades. Sus más de dos metros y medio de largo deberían mantenerles ocupados durante un rato. Al menos, eso esperaba. Justo en ese momento el océano se llenó de lo que sonaba como docenas de trajes de buceo que se abrían al mismo tiempo, seguido de brutales hachazos. Me estremecí, a sabiendas de que el hueso y el tejido que estaban desgarrando podría haber sido el mío.

—Ty, ¿dónde estás? —preguntó Gemma.

Incapaz de responder, a causa del Liquigen que inundaba mis pulmones, empecé a nadar alejándome del fragmento de fuselaje, hasta que me topé con una gruesa cadena que descendía hacia las profundidades. Me sumergí a lo largo de ella pero la visión que apareció frente a mí me dejó paralizado.

Al parecer yo no había sido el único en pensar que el vórtice de basura era un buen escondite.

—Sal de ahí —me exigió Gemma a través del altavoz del casco—. No puedo verte.

Rodeé el trozo de avión y le hice señas para que se acercase, indicándole con los brazos que tenía espacio suficiente. Su suspiro exasperado inundó la línea, pero puso el submarino en marcha.

Después de comprobar con mi sónar que los calamares se habían marchado de verdad, me di la vuelta hacia aquello que alguien había anclado allí mismo; una montaña submarina y peluda flotando en silencio en el agua oscura. Tenía que ser una ilusión, por supuesto, porque las montañas submarinas no flotan, pero la estructura que estaba ante mi era

tan enorme que ni siquiera podía captar su forma con mi sónar. Me aproximé para echar un vistazo más de cerca, sintiéndome como un pequeño pez a su lado.

—¿Qué es eso?

Incluso a través del crepitante receptor, pude percibir el asombro en la voz de Gemma.

Deletreé la palabra lentamente. El lenguaje de signos todavía era nuevo para ella. «Municipio».

Por lo menos esa era mi mejor conjetura. Redondeado y con varios pisos de altura, era lo suficientemente grande como para servir de vivienda a entre cuatrocientas y quinientas personas, además de proporcionarles otras instalaciones necesarias para la vida de una comunidad; tanques de filtración para el agua dulce, cocinas y almacenamiento de alimentos, generadores de oxígeno y calor... Y aquella embarcación estaba tan vieja y abollada como todos los municipios que había visto hasta entonces.

—¿Es un pecio? —preguntó.

Me encogí de hombros. Parecía la explicación razonable. ¿Por qué otra razón iba a estar, si no, sumergido en el vórtice de basura? Los municipios podían viajar sumergidos, pero por lo que yo sabía, la mayoría se quedaba en la superficie del océano, con sus techos total o parcialmente abiertos, dependiendo de la forma de la embarcación. Así que, sí, eso probablemente era un pecio. Pero qué desperdicio hundirlo allí, cuando podrían haberlo vendido por partes.

No vi ninguna ventana iluminada, ningún movimiento ni signo de vida alguno en el interior, aunque el exterior bullía de vida. De hecho, a su alrededor tenía todo un mini-ecosistema; percebes incrustados en las ventanas verticales, cangrejos que roían las algas marinas que brotaban de los paneles laterales, nubes de peces flotando alrededor...

Raspé las algas de una ventana con el cuchillo, pero solo pude ver mi propio y brillante reflejo. Toqué la pantalla incorporada en la muñeca de mi traje de buceo, e intensifiqué las luces de mi casco, antes de centrarlas en un solo haz que apunté a través de la ventana. Salté hacia atrás, sorprendido. Un adolescente estaba desplomado contra el alféizar, con una manta sobre sus hombros y la cabeza descansando en el hueco de su brazo, como si se hubiera quedado dormido mientras miraba hacia afuera.

Si vivía en un municipio es que era un sob, abreviatura de «sobre-población». No recordaba haber visto a nadie como él, con la cabeza rapada y los tatuajes geométricos ribeteando su rostro. Pero antes tampoco había visto nunca un sob tan de cerca.

—¿Qué es? —preguntó Gemma—. ¿Qué es lo que ves?

Le hice señas para que esperara, luego golpeé contra el flexiglás con la culata de mi cuchillo. El chico no se despertó, ni siquiera tembló.

Un desasosiego me atravesó como una niebla fría mientras flotaba delante de la ventana. Nada indicaba que los motores del municipio estuviesen trabajando; ni el zumbido de una turbina, ni luces, ni chorros de burbujas... Eso significaba que no había oxígeno, que no había calor.

Me estremecí cuando caí en la cuenta de que acababa de intentar despertar a un cadáver. Y lo que era más escalofriante, el chico parecía de mi misma edad, quince.

—¿Hay alguien muerto? —preguntó Gemma de repente—. Eso es lo que estás viendo, ¿no es así? Una persona muerta.

Cuando asentí, ella puso la marcha atrás en el submarino y retrocedió casi la longitud de un barco.

Permanecí quieto, flotando, con un dolor en el pecho

como si hubiese inhalado demasiado Liquigen. Quienquiera que fuese podía llevar muerto un tiempo. Tal vez incluso años. Estaba tan perfectamente conservado que, ¿quién podría decir cuánto? La falta de aire y la temperatura helada del agua debían haber convertido el municipio en un congelador gigante a ras de suelo.

—Ty —dijo la voz de Gemma suavemente en mi oído—. Vuelve. Vamos a pedir ayuda por radio.

Me pareció una idea estupenda. Desde luego no me moría de ganas de husmear en una ciudad fantasma, pero un pensamiento me impedía alejarme nadando. ¿Y si quedaba alguien en el interior que todavía estuviese vivo y necesitase ayuda?

Era muy poco probable, teniendo en cuenta que las algas ya habían echado raíces en el exterior. Sin embargo, un municipio estacionado no era necesariamente uno estropeado. ¿Y si ese municipio había estado parado allí durante un tiempo, pero los motores solo se habían roto hacía unos días? Tenía que comprobar si había algún superviviente, sin importar lo mucho que me inquietase pensar en ello.

Hice señas a Gemma para que viese que me dirigía al interior.

Cuando ella dijo «ten cuidado», me di cuenta de que una parte de mí había esperado que me convenciese de que no era necesario ir.

Dejarme caer bajo la inmensa estructura me produjo la incómoda sensación de estar nadando bajo una isla. El fondo era plano, así que encontrar la puerta de entrada me resultaría bastante fácil. Una sola mirada me dijo donde residía el problema.

Nadando, rodeé el perímetro del municipio, pero a cada escotilla que pasaba mis brazadas se fueron frenando. Para

cuando hube rodeado la embarcación, los brazos me pesaban demasiado como para poder levantarlos, y no precisamente a causa del cansancio, sino de lo que había visto.

Todos y cada uno de los accesos habían sido cerrados con cadenas... desde el exterior.